

EL CORDÓN



UNA NOVELA DE
DOMINGO BOARI



ediciones
BIEBEL

Domingo Boari

El cordón

El cordón

Domingo Boari

Novela



Boari, Domingo

El cordón / Domingo Boari. - 1a ed - Ciudad de Buenos Aires : Biebel, 2024.

188 p. ; 23 x 13 cm.

ISBN 978-987-8362-98-4

1. Novelas Psicológicas. I. Título.

CDD A863

© Domingo Boari

© Ediciones Biebel, 2024

Ediciones BIEBEL

José Juan Biedma 1005 • (C1405ASM)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

Tel. (54-11) 4582-3878

www.edicionesbiebel.com.ar

info@edicionesbiebel.com.ar

edicionesbiebel@yahoo.com.ar

ISBN PRINT: 978-987-8362-98-4

ISBN EBOOK: 978-987-8362-99-1

Se han efectuado los depósitos de ley 11.723

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

No se permite la reproducción parcial o total,

el almacenamiento, el alquiler, la transmisión

o la transformación de este libro, en cualquier forma

o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,

mediante fotocopias, digitalización u otros métodos.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Diseño y armado de tapa: Virginia Gallino

Diseño de páginas: Cálamus

A mi hermano Mario.
Entre dos, fue posible.

CPSEA

Centro Psicoanalítico de Estudio y Asistencia

(2004-2019)

A lo largo de 15 años, un grupo de colegas formamos una agrupación en la que estudiamos, enseñamos e investigamos; atendimos pacientes, sostuvimos un grupo de Psicoanálisis Multifamiliar, hicimos presentaciones teóricas y ateneos clínicos; le dimos continuidad al ciclo *El cine con otros ojos*, festejamos los cumpleaños de la institución invitando a escritores reconocidos; obtuvimos un premio internacional (Fepal) por el trabajo de investigación y servicio a la comunidad con pacientes discapacitados intelectuales... Y, sobre todo, llegamos a conformar un modo de ser psicoanalistas al que, entre nosotros y espontáneamente, dimos en llamar *espíritu cpseano*.

Aunque no fue la intención cuando escribí este libro, su publicación me da la oportunidad de ofrecerlo como homenaje a esos colegas y a esa historia. Sobre todo porque, visto ahora, terminado, se revela como un registro testimonial palpable de ese espíritu que los que estuvimos comprometidos en CPSEA llevamos adentro para siempre.

Prácticamente ninguno de los hechos narrados ocurrió realmente.

Pero todo lo que aquí se cuenta es *verdad*.

*No se sabe nunca cuándo se nace:
el parto es una simple convención.
Muchos mueren sin haber nacido.
Otros nacen apenas,
otros mal, como abortados.
Algunos, por nacimientos sucesivos,
van pasando de vida en vida,
y si la muerte no viniese a interrumpirlos,
serían capaces de agotar el ramillete de mundos posibles
a fuerza de nacer una y otra vez,
como si poseyesen una reserva inagotable
de inocencia y abandono.*

Juan José Saer, *El entenado*

Capítulo I

Francisco

Estoy tranquilo. Con la mente en blanco. Tranquilo. El timbre del teléfono me pone en alerta. Mamá atien- de enseguida. Es Luciana otra vez. Ahora voy a tener que escuchar a mamá hablar y hablar. No, ella no ha- bla: enseña. Ahí está, ya empezó: vos tenés que decirle a Ben-ny que. ¿Por qué dice Ben-ny? Benjamín se llama. Que le diga Benja, si quiere. Luciana, Lu, escuchame, hija, vos tenés que decirle a Ben-ny que no importa la pelota... que el inglés, que si estudia inglés, yo... Lucia- na, ¡Luciana! Uh, ya está, ahora empieza a llorar.

¡Doncrái, mom!, ¡doncrai, mom! Siento esas palabras adentro de mi cabeza que está a punto de estallar. Ahora las grito fuerte, pero no se van. Las pronuncio como una burla pero igual me molestan. La lengua se me mueve sola. Me la muerdo con fuerza pero no me duele. Pateo la pata de la mesa. Voy a la cocina y después de haberlo pensado tantas veces por fin me decido, esta vez sí. Saco del cajón un cuchillo Tramontina, me voy al baño saco la lengua frente al espejo y me la aprieto fuerte con el pul-

gar y el índice de la mano izquierda y tiro hacia afuera. Con el cuchillo en la mano derecha me empiezo a cortar la lengua. Pero se me escapa entre los dedos. Me duele. Doy un terrible alarido. Me corté, pero igual puedo gritar, tengo sangre en las manos y en la camisa. Mamá me escuchó, grita, está desencajada. Me quiere agarrar, me quiere quitar el cuchillo. Forcejeo con ella, la empujo, me la saco de encima. Me tiene miedo. Y eso que nunca le hice nada. Tiro el cuchillo para que no piense que la quiero lastimar. Siempre piensa lo peor. Me saca de quicio cuando me mira con esos ojos de susto, como si yo estuviera loco. Siento gusto a sangre pero puedo hablar. Se ve que no me corté casi nada. Donlúcatmi, donlúcatmi, loca de mierda. No puedo parar. Se asusta. Corre a la habitación y se encierra. ¡Doncrái, mom!, ¡doncraíííí, mom!, ¡doncrai, móóóóóm!, le grito.

Me meto en mi cuarto, cierro la puerta y golpeo la cabeza contra la pared, dos veces, tres, pero las ideas no se me van. O un poco sí, porque parece que me tranquilizo. Busco un pañuelo de tela. Doblado como está me lo pongo en la boca, un poco por debajo y otro por encima de la lengua cortada. Lo muerdo como para que pare la sangre. Me tiro en la cama, boca arriba, respiro agitado, transpiro. Busco en la mesa de luz el control remoto del ventilador: *on/off*. ¿Qué mierda es esto? Eso, una mierda es. Lo miro de nuevo: *On/off*. Lo revoleo contra las aspas del ventilador. Pega contra el techo y cuando cae se desarma en pedazos, se apagaron las letras. Ahora sí, ahora todo está en orden, mierda.

El portero eléctrico suena fuerte, largo. Me pongo en alerta y corro a trabar la puerta del cuarto con la tranca que tengo escondida. ¿Cómo no me di cuenta que los iba a llamar? Me quedo quieto al lado de la puerta. Espero. Son ellos. Murmuran, no alcanzo a oír lo que dicen pero se ve que mamá les explica y no saben qué hacer. Golpean a mi puerta. No contesto. Golpean, quieren abrir y no pueden. Me hablan, pero se ve que me tienen miedo. Fran, abrí, son los médicos. Me da rabia, pero disfruto que no sepan qué hacer. Suena otra vez el portero, pero es alguien conocido. ¿Quién toca así? ¿Quién toca así? ¿Cómo no reconozco ese timbre? Es porque estoy nervioso, me falta lucidez. Ah, Lucas, es Lucas. Pobre, lo llaman para todos los quilombos. Uh, se ve que la vieja se asustó en serio, si no, no lo habría llamado. Tal vez pensó que me iba a matar, o que la iba a matar a ella. Francisco, hola, soy Lucas, escúchame, Fran. Tu mamá se asustó, pensó que te ibas a desangrar, pero ya le mostramos que mucha sangre no hay. Los médicos están hablando con ella, ya la vamos a tranquilizar.

Me siento muy pesado. Las piernas. La boca llena de una pasta de harina. Voy por un sendero pero casi no puedo caminar. Tropiezo y termino en el suelo; una rama con hojas pegajosas se me cae encima y me aplasta. Quiero salir pero estoy atrapado. Sólo tengo libre

un brazo. No puedo abrir el ojo izquierdo porque está contra el piso. Abro el derecho y veo un pájaro que viene hacia mí a los saltitos. Parece un gorrión, no alcanzo a verlo bien. Uy, no; es un carancho, pero miniatura, del tamaño de un hornero, tiene un ojo tapado como si fuera un pirata. Se me acerca cada vez más. Lo veo agresivo, el pico encorvado. Lo quiero espantar con el brazo libre pero aunque hago tremenda fuerza no lo puedo mover. El pájaro me empieza a picar el ojo. Alcanzo a cerrar el párpado, lo arrugo. Fáquiui, péquiui. No es verde pero habla como un loro el bicho este. No entiendo lo que me dice, y me pica de nuevo. Me desespero porque, aunque hago toda la fuerza del mundo, el cuerpo no responde. Logro abrir la boca y trato de espantarlo con la lengua. Pero es peor, porque en vez de asustarlo me la pica y me produce un dolor agudo, un pinchazo profundo. Siento la lengua hinchada. Hago un esfuerzo supremo para zafar: me sobresalto, me despierto y estoy agitadísimo. Me quiero incorporar pero me siento muy pesado. Con torpeza me acomodo boca arriba. Tengo la garganta seca y el dolor en la lengua es penetrante. Trato de respirar profundo. Me pica el ojo y me lo rasco, pero la picazón no se va: me pica adentro. Abro apenas los ojos pero no sé dónde estoy, no es mi cama, no es mi casa. Hay una semi penumbra que conozco. Uh, no, otra vez internado. Me pesa todo, se ve que estoy empastillado. Ah, pero parece que es la clínica Rocamora, la de Pastore. Tendría que haber una botellita de agua. Giro la cabeza, resoplo y la giro un poco más. Sí, hay.

La alcanzo con esfuerzo. Me la tomo casi toda. ¿Cuánto faltará para que sea de mañana? Si me duermo de nuevo voy a volver a soñar. Estar despierto también es una pesadilla. Si llamo a la enfermera me va a meter más medicación. Respiro profundo. Respiro profundo. Trato de no pensar en nada. Acordarme de cosas lindas, cosas azules, azules y verdes...

Hay mucha luz. Alguien me despierta, es una voz conocida. Ah, es Margarita, buena mina; y linda, además. Hola Francisco, son como las once, dormiste un montón, me sorprendí esta mañana cuando me dijeron que estabas aquí. Quiero saludarla pero siento la lengua hinchada. Igual algo pronuncio, creo que no se entiende. Me despierto un poco más y me doy cuenta de que estoy todo meado. ¿Por qué tuvo que venir Margarita hoy?

Estoy bañado, con ropa limpia, sentado a la mesa en el comedor. Con la lengua así no voy a poder comer. Me traen una sopa espesa, voy a tener que esperar que se enfríe. Por suerte llega Lucas y se sienta al lado mío. Lo saludo y le hago señas de que mucho no recuerdo y me refresca todo. Esta vez no pude evitarte la internación, me dice: estuviste dos días seguidos haciendo quilombo, primero amenazando con tirarte, agarrado del balcón del lado de afuera. Esa noche los convencí de que estabas haciendo teatro, pero con el corte en la lengua no pude

hacer nada, sobre todo porque había que darte puntos. Se te fue la mano, ¿qué te pasó? No le contesto, le hago señas de que estoy medio aturdido y con la lengua embotada. Sos boludo, eh, me dice, y sonrío. Nos quedamos callados y escucho los ruidos de los que están comiendo. Lucas se pone a mirar el celular y yo me aflojo un poco mientras sigo esperando que se enfríe la sopa.

Raquel

Ah, doctor, ¿usted es nuevo? Pensé que me iba a atender el doctor Ariel.

Uh, qué lástima, justo esta semana. ¿Usted habló con él? Porque él lo conoce a Francisco, mi hijo, y es el que mejor lo entiende.

Sí, sí. Me imagino. ¿Pero usted se va a hacer cargo hasta que vuelva Ariel o es que hoy está de guardia, digamos?

Ah, mejor así. Bueno, a Francisco lo tuvimos que traer de nuevo porque es un peligro. Esta vez se lastimó y casi me lastima a mí. No sé qué le pasó. Parecía totalmente tranquilo, yo estaba hablando por teléfono con mi hija Luciana y de golpe siento gritos. Voy corriendo y estaba en el baño, con un cuchillo, con sangre en la cara. Me empujó y tuve miedo de que me lastimara. No sé, esto está fuera de control, doctor. Yo estoy asustada porque no se sabe con qué puede salir. De la nada, de un momento a otro y... Siempre es así.

Ahí en la historia clínica debe decir. Qué lástima que Ariel... Bueno, ya es la tercera internación. Claro, la segunda acá en la clínica Rocamora, no sé qué dice ahí en la carpeta.

Perdón, doctor, lo que pasa es que me pongo nerviosa, es mi hijo, ¿me entiende? Y está mal, muy mal. ¿A quién se le ocurre así de la nada cortarse la lengua con un Tramontina? ¿Conoce algún caso de alguien que se haya cortado la lengua? Tiene un desequilibrio. El médico de la guardia que lo suturó dijo que él no había visto nunca algo así. Que el tajo no era profundo, pero que si el cuchillo hubiera estado más filoso... Es muy raro, de golpe, sin motivo. ¿Eso no es esquizofrenia, doctor? Tal vez tenían razón en la otra clínica, que decían que era esquizofrenia, que viene por brotes y que es así, cuando viene, viene. Porque si se confirma que es esquizofrenia hay que medicarlo de otra manera. Perdone, doctor, lo que pasa es que me pongo nerviosa, ¿me entiende?

Para mí fue como le digo, así de la nada, estaba tranquilo, yo atendí el teléfono y me puse a hablar con mi hija y al ratito siento que grita...

Yo no estaba hablando de él ni nada, estaba hablando de mi nieto Benny. Francisco tiene debilidad por su sobrino. Nada que ver con lo que yo estaba hablando. Fran siempre fue así, le agarran cosas de golpe y pierde el control. Se convierte en otra persona, digamos. La medicación la toma; desde que lo atiende Ariel, la toma. Pero Ariel no le quiere dar una dosis más grande para

que no ande medio *zombie*, ¿me entiende? Sin embargo, con estos arranques, yo no sé.

Le cuento un poco para que usted también lo vaya conociendo y así lo puede medicar bien. Hace un año lo internamos acá y por unos meses anduvo sin problemas, digamos. Pero después, así de golpe como hace él, no quiso seguir viniendo a las reuniones y el tratamiento individual nunca lo empezó, ¿me entiende? El único que lo calma un poco es Lucas, el que le hace el acompañamiento, pero yo no sé. ¿Usted lo conoce a Lucas?, porque ese chico no está recibido, me parece un peligro que lo esté atendiendo un estudiante.

Bueno, sí, doctor, no es que Lucas lo medique. Y tampoco le da sesiones. Pero en los últimos meses lo único terapéutico, digamos, era que viniera este chico unas horas.

Sí, sí. Cuando los médicos de la urgencia psiquiátrica me preguntaron, yo les dije que el único que lo podía calmar era Lucas, y entonces lo llamamos. Fue por eso que lo pudimos llevar para que lo suturaran en la lengua que no le paraba de sangrar. Y después Lucas lo convenció para que lo internáramos.

Claro, yo con usted no había hablado nunca. Seguro que está todo anotado, pero... Bueno, como me dice que tenemos tiempo, se ve que usted no es de los psiquiatras apurados que atienden quince minutos. Entonces le cuento. Cuando nació era un chico tranquilo, digamos. En fin, claro, era muy distinto a Luciana, que fue una nena parejita: dormía siempre la misma canti-

dad de horas, comía con regularidad. Fran siempre fue más irregular, por épocas dormía mucho y otras se despertaba inquieto. Nunca supimos por qué se producían esos cambios. No se sabía con qué podía salir: por días estaba, no sé, intranquilo, nervioso, ¿me entiende?

No, no. En general fue un chico alegre, que crecía con mucha libertad. Yo siempre fui de darles libertad. El padre era un poco más duro, digamos. Fíjese que cuando tuvo que empezar —bueno, cuando *tuvo* no, cuando *quisimos* llevarlo a jardín—, lloró mucho y yo enseguida aflojé y dije: bueno, que empiece el año que viene. El padre insistió bastante, digamos. Yo no. Al final, empezó al año siguiente. Pero después, en preescolar y en la primaria fue un chico alegre. Aprendía sin problemas y tenía amigos, jugaba al fútbol. Cómo le gustaba el fútbol. Ahí tiene, ¿ve?, algo incomprendible. Un día dejó de jugar y no quiso saber nunca más nada con el fútbol. Y no sabemos qué le pasó. Si se peleó con algún compañero, si fue por algún recuerdo del padre, que era fanático, digamos, y siempre lo llevaba y lo estimulaba. Pero prácticamente de un día para otro, dejó de interesarle y nunca más. Al día de hoy que de fútbol no habla, ¿me entiende?

No, realmente no sé qué pasó. Para mí es que él es así nomás. Cuando se le mete algo en la cabeza, no se lo saca nadie. Por eso yo estoy preocupada ahora. ¿Qué va a ser de este chico? Imagínese ahora que se empacó en que él no va a trabajar. Ya veo que se va a salir con la suya. Y pienso en su pobre hermana también, porque cuando yo no esté, ella va a ser la que se va a tener que

hacer cargo de él. Cuando no estemos la abuela y yo, ¿con qué se va a mantener? Luciana ya tiene bastante con Benny. Yo no sé si usted ya lo vio a Francisco. Bueno, igual, aunque lo haya visto hoy a la mañana o anoche, no lo conoce, nunca lo enfrentó. Porque es lo peor que se le puede hacer. Es terco como una mula. O peor, porque se pone violento. En eso parece una caricatura del padre. El padre era un poco así, pero este es la exageración total.

Tan violento no. El padre era más terco que violento. Y se enfrentaban mucho, pero ahora al padre lo quiere más que a mí. Desde que se murió lo quiere más, digamos. Y es como que me echa la culpa a mí de que el padre se haya muerto de un infarto hace ocho años. No, ocho no, nueve ya.

No, no sé, doctor, eso lo tendrían que decir ustedes. Al principio parecía que no, pero yo creo que sí, que la muerte del padre lo terminó de... Si ya venía torcido, la muerte del padre lo torció del todo. Pero no sé, no sé. Soy la madre y parece que soy la que menos lo entiende, y si me ve, se pone nervioso. Aunque yo no sé por qué los que se internan tienen esas reacciones, pero parece que les pasa a todos. Me cuesta creerlo, pero tengo que reconocer que al final se ve que hacen bien ustedes en tenerlo aislado de la familia los primeros días. Pero, bueno, por las dudas lo aclaro, en cuanto me digan, yo empiezo a venir a las reuniones multifamiliares. Y mi hija Luciana también, siempre que puede ella viene.

Antes de irme, doctor, ¿le puedo pedir un favor? ¿Usted me puede hacer un certificado de que mi hijo está internado? Yo así, con esta angustia, no puedo trabajar.

Y ahora no le digo de ir a verlo porque sé que no puedo. Seguro que está bien y Lucas después me cuenta.

Sí, siempre que Francisco estuvo internado aquí, Lucas ha venido a las reuniones de terapia multifamiliar de la tarde noche, digamos. Aparentemente aprovecha mucho más de las reuniones si Lucas lo acompaña. Y yo cuando puedo le pregunto a Lucas. No crea, a mí me tranquiliza pero también me angustia que mi hijo esté acá, ¿me entiende?

Francisco

“...todos esos bichitos que me rondan la cabeza y me molestan, porque... a ver, parece ser que me aman, es decir, yo estoy y ellos me circundan, no dejan de circundarme. Y después, bueno, unos mosquitos muy chiquititos, que esos se cuelan por todos lados”.

Uy, estaba re distraído y esta pobre vieja se puso a hablar de los bichitos. Ni sé lo que venía diciendo, pero lo de los bichos me interesa; a ella la circundan, a mí los microbios se me meten. Pobre, para mí está re loca y no tiene arreglo, me da lástima y me cansa. “Lo que usted dice, Amalia, me llega mucho porque transmite muy vívidamente lo sola que se siente”. ¿Quién es esta psi-

cóloga? Muy joven. Qué raro que no habló el viejo Pastore. Uh, mirá si hablaba la psibóluda falsa, vaya a saber con qué teoría iba a salir. No sé si es pelotuda o careta, o las dos cosas. Lucas me mira.

Me acuerdo cuando lo conocí a Lucas hace un año, en la internación anterior. Al principio me pareció raro; él venía, me miraba y no me preguntaba ni me decía nada. Yo pensé que no hablaba porque todavía no se había recibido. Pero después me di cuenta de que no habla porque escucha, y entiende más que algunos psicólogos y psiquiatras que tienen ochenta años. Por eso enseguida tuvimos buen filin. ¿Filin? ¡Filin! La puta madre, ¿por qué tengo que decir filin? Nos invadieron los hijos de puta, se nos metieron por todos lados. ¿No es mucho más lindo y más fácil decir que pegamos buena onda? No puedo vivir así, tengo la cabeza infectada con microbios ingleses y no hay antibióticos para esos bichos.

Se ve que se nota por fuera que me puse re nervioso. Lucas me mira y se sonríe. Seguro que sabe lo que estoy pensando. Es un capo. La última vez tuve una internación de quince días porque empezó a venir él, si no me iba a tener que comer tres meses adentro, como la primera. Tengo que darle bola a Lucas. Lo miro y no lo entiendo. Yo sí que no lo entiendo a él. Capaz que está más creisi... Soy un boludo, boludo soy, ¿por qué digo creisi? Es por los microbios, me invaden los microbios. A ver, tranquilo, tranquilo, empiezo de nuevo, tengo que pensar lento: capaz que Lucas está más loco que yo. Viene a estas reuniones para acompañarme y

resulta que se entusiasma más él que yo. Los escucha a todos y tiene resto para darse cuenta si yo me pongo nervioso. ¿Cuánto era que le faltaba para recibirse? “Amalia, sabe que cuando usted habla...” Me gusta la voz de la psicóloga joven, o la entonación: habla con cariño y no es falsa como la otra. Me acuerdo la vez que Lucas me dio la razón, me dijo que la psibóluda falsa esa se hace la buena pero transpira veneno. Como mi vieja, falsa, o parecida, bah. Debe ser por eso que cuando empieza a hablar me saca. Bueno, no te enojés tanto, me dijo Lucas esa vez, para ella es feo ser así: es gente que quiere ser buena pero no se pudo sacar toda la mierda de adentro, exagera la bondad para que no se note la mierda. Me sirvió que me dijera eso pero no tanto. La tengo entre ceja y ceja, por la vez esa que con su vocecita falsamente dulce me miró y me preguntó si no quería decir algo. Me puse tenso y casi automáticamente pateé la silla. Lucas me vio, saltó enseguida y dijo que había hablado conmigo y que yo quería esperar un tiempito.

No tengo sueño pero por lo menos acá estoy tranquilo. En la otra clínica, la primera internación, cuando llegué fue la peor noche de mi vida. Parecía dormido pero no era sueño, estaba nocauteado, ¡no, no! Hecho mierda. Hijos de puta, cómo se meten los microbios. Estaba hecho mierda por la medicación, sí, apaleado, como

si me hubiesen pegado un mazazo en la cabeza. Cinco días sin poder levantarme. Me recontra empastillaron. Se habrán creído que habían logrado tranquilizarme pero para mí era como estar con fiebre delirante. Una pesadilla tras otra. Y eso es lo peor que te puede pasar, con pesadillas y no poder despertarte.

Cómo me sacó esa vez, no me quiero ni acordar: es veinticuatro de diciembre. Falta poco para la cena. Estamos en casa. Luciana ya había venido con Marcos y Benja. Toca el timbre. Es mi primo, el pelotudo, que está viviendo en Nueva York y vino con su novia sueca o noruega a pasar las fiestas. Mamá baja a abrirles. Yo me meto en mi cuarto. Los escucho excitados. Demoro en salir, como si estuviera haciendo algo. Los oigo, la veo a mamá, los gestos, la cara de admiración, les festeja todo, me parece que se le está cayendo un hilo de baba. Aparezco lo más tarde que puedo.

En la cena, mi primo el pelotudo cuenta que dejó el trabajo en la súper consultora internacional en la que estaba y entró a un banco chino, el más grande del mundo. Mamá lo mira con la boca abierta, el tenedor, cargado, a mitad de camino; algo de comida se le cae al plato pero ni se da cuenta. Mi primo algunas cosas las habla en inglés para no dejar afuera a la novia. Mi vieja seguro que no entiende nada, pero se emboba cada vez más con el hijo de su hermana, que conquista el mundo, es triunfador en Estados Unidos y Europa, y todo gracias al inglés.

Trato de desentenderme, pero no lo logro porque la atención se centra en ellos. Miro a Benja que está

dormido a upa de su papá. Me controlo, Luciana también está tensa, pero menos que yo, me parece. Llega el momento del brindis. No quiero decir nada. A su turno la sueca, en inglés, dice algo de Benjamín, creo. No la entiendo. Mamá con la copa en la mano me mira: “este año mi deseo es muy posible que se cumpla, porque hablé con tu primo y seguro que te va a conseguir un trabajo en una de las sucursales argentinas del banco...”. Siento una extraña frialdad en todo el cuerpo y no la dejo terminar de hablar, le zampo mi copa de champán en la cara para que se calle, le saco la copa a ella y se la vuelco en la cabeza, rompo las dos copas contra el piso y tiro del mantel. Se caen copas y platos. Marcos me agarra. Mamá a los gritos: ¡son las copas del juego de casamiento! Y qué importa el casamiento si papá se murió hace cinco años, loca de mierda.

Benja llora y mi hermana se lo lleva. Marcos se interpone y no lo deja intervenir a mi primo, porque se da cuenta de que si el pelotudo se me acerca yo lo reviento. Mamá a los gritos y llorando: disculpen, discúlpenlo, Francisco está muy mal. Llamen a un médico.

Termino internado: fin de la historia. Y comienzo de una pesadilla.

No sé por qué mi vieja se obsesiona tanto con que trabaje. Yo voy a vivir sin trabajar: me voy a pasar la

vida tirado como ahora en la cama de esta clínica. O en la cama de casa, sin trabajar, ¿y qué? ¿Por qué hay que trabajar? Que trabaje ella. Trabajá vos que sos tan libre y sabés cómo hay que hacer las cosas. Si no, me voy a lo de la abuela. Eso. La abuela es más loca que vos, pero algo de plata me da y de su casa no me va a echar. Muchos me dicen: ¿cómo vas a vivir sin trabajar? Pero yo ya llevo viviendo así veintitrés años, así que supongo que puedo vivir veinte años más o sesenta, ¿por qué no? Hasta que me muera, ¿y qué? ¿Cuánta gente hay que no tiene trabajo y vive?

Estoy viendo la cara de mi mamá. Me gusta ver la angustia en la cara de mi vieja cuando le digo que no quiero ningún laburo, se desespera. Nunca voy a trabajar, mamá, ¿entendés? Esto sí te lo puedo decir en inglés, ai - güil - never - guorc. ¿Entendés el inglés? Sabés que lo pronuncio mal a propósito. No pongas esa cara de asco. Escuchá bien: ai - güil - never - guorc. ¿O querés que te lo diga en guaraní? *Nahániri amba'apo se*. ¿Ves? Como vos decís soy un genio para los idiomas, perdón, tengo enormes condiciones, así te gusta decir a vos. Bueno, tengo enormes condiciones para la escritura y para la pronunciación. Lo que pasa que a mí nadie me obligó a estudiar guaraní. ¿Entendés? Vos te enojabas cuando Laura me enseñaba guaraní, te ponías re celosa porque a mí me gustaba.

Qué lindo acordarse de Laura. Cómo me cuidaba. Pobre, ella tenía un hijo en Paraguay que se lo criaba la madre, y ella me criaba a mí. Seguro que me acunaba en guaraní. Suena tierno el guaraní. Mi *cunumí*, me decía.

¿Y ahora quién viene? ¿Qué quieren ahora? Ah, es Margarita. Pide permiso, le digo que sí y prende la luz. Ya es la hora de la reunión, me dice, ¿vas a ir? Le pregunto si está Lucas y me dice que sí. Entonces voy, le digo.

Estoy tranquilo, me siento al lado de Lucas. Me co-dea, me dice al oído algo que no entiendo. Le pregunto y veo que sonrío con picardía. Recién después me doy cuenta de que me dijo algo de la chica de enfrente. Parece que la piba esa me miró varias veces. No quiero ni levantar la vista. Lucas me vuelve a hablar y me dice que es la de pelo lacio y remera roja. Me acuerdo. Ayer la escuché y no entendí nada de lo que decía. Pero Lucas está loco, no puede ser que me haya mirado a mí. Seguro que lo mira a él. Estoy con la cabeza gacha. Es una vergüenza que no me anime a mirar. Aunque no la veo me doy cuenta de que me está mirando y va a pensar que soy un boludo. Sé que se llama Tamara, no está internada, solamente viene a las reuniones de la tarde.

Estamos saliendo de la reunión y Tamara se apura para ponerse al lado mío. Fran, me dice, hoy se te ve más tranquilo: ayer que fue el primer día que viniste a la reunión estabas más o menos, y para colmo una psicóloga te quiso hacer hablar. Sí, le digo, se quiere hacer la buena, yo la conozco de antes, de la otra internación. La voz de Tamara es musical y tiene cara de latinoamericana, capaz que habla guaraní.

Tamara

La mirada de Francisco me desgarró. Cuando lo vi ayer por primera vez me atravesó con su dolor. Se ve que justo se cruza con el tuyo, me dijo Carina, pero no sé, me parece que el mío es diferente. Creo que él está más solo. A mí las balas me resbalan. A él lo lastimaron; y todavía lo siguen lastimando. Van dos reuniones y no ha dicho ni una palabra, pero yo sé: está desgarrado. Y eso no es de ahora que le dio la locura de cortarse la lengua. Se ve que está como atrapado. No entiendo cómo alguien puede estar así; no puede ser, siempre hay una vía de escape. Capaz que hacerse un tajo en la lengua fue un intento, pero es una salida de mierda.

Para colmo se hace el duro y es difícil acercarse. Para que me deje ayudarlo primero lo tengo que entender. Capaz que si hablo con Lucas... No sé. Carina es como todos los psicólogos, me escuchó pero de Francisco no me dijo nada, ella no vio su dolor. Y siempre que le hablo, ella piensa en *mi* dolor. Si no me dice nada, me parece que igual está esperando la oportunidad. Me tiene paciencia y me respeta, se cuida de no lastimarme, pero siempre está al acecho para hacerme hablar de mí. Y yo ahora lo que quiero es saber de Francisco, no de mí.

Dr. Pastore

(ante los pasantes de la clínica Rocamora)

Bueno, vamos a hablar un poco de Francisco. El desencadenante de la internación actual es diferente al de las dos veces anteriores. En esta ocasión se agredió a sí mismo: intentó cortarse la lengua, aunque la acción fue bastante bizarra y por suerte se lastimó poco. En las otras ocasiones se trató de actos de violencia directa o indirecta contra la madre. Es una diferencia significativa. Si nos ponemos en su lugar para tratar de sentir lo que siente el paciente, las agresiones a la mamá parecen reacciones de impotencia de alguien que quiere lograr con la violencia lo que no puede conseguir por medios más sanos. Agrede porque piensa que así puede salir. Es una locura, claro. En cambio la autoagresión de cortarse la lengua parece más la conducta *desesperada... desesperanzada*, mejor dicho, de quien se siente *atrapado sin salida*. Con esto tenemos un lindo título para la historia, pero nos falta todo el contenido.

Averigüemos un poco, a ver. De sus relatos no surge que estuviera delirando. Él dijo que estaba de lo más tranquilo y que, escuchando a la madre hablar por teléfono, se había puesto loco. Muy loco, agregó. Francisco no quiso responder otras preguntas, pero sería interesante saber más. El factor desencadenante casi siempre da alguna pista para entender. ¿Con quién estaba hablando la madre? ¿De qué? ¿En qué tono?... Sí, Lucas, te escuchamos.

Doctor, interrumpo porque a mí hoy a la tarde, en un momento del acompañamiento, Francisco, sin que yo le preguntara, me contó algo de lo que usted se pregunta. Me dijo que la madre estaba hablando con Luciana, la hermana, y que él se puso loco cuando escuchó que ya le está metiendo presión a Luciana para que Benja, el hijo que tiene cuatros años, juegue menos a la pelota y estudie inglés.

Clarísimo. Lo que nos dice Lucas muestra una vez más cómo los pacientes cuentan a otros lo que, por resistencias, no le dicen al psiquiatra o al psicólogo. Con esta información podemos acotar las preguntas. Sabemos que algo tiene que ver con el inglés, un tema que a Francisco lo enloquece y lo pone violento. No quiere decir ni una palabra en inglés y cuando se pone mal dice que los microbios le invaden el cerebro y le meten palabras en inglés. Francisco es muy reticente a dar información. Si un día llega a tenernos confianza, en una psicoterapia individual o incluso en el grupo, puede ser que nos cuente algo que nos haga entender o deducir qué le pasa con el inglés. Lo más probable es que en el tema se condensen muchas historias, presiones, mandatos. Un nudo en el que se juntan muchos piolines.

Vamos a partir de lo general: adherimos a la teoría de que la locura... —con esta palabra englobo, con todo respeto, al conjunto de las patologías psiquiátricas—. *La locura solamente se da dentro de una trama de interdependencias enloquecedoras.* Eso es válido para todos los pacientes. Ahora tenemos que encontrar las particula-

ridades en la historia de Francisco. Lucas, vos que has ido muchísimas veces a la casa, ¿nos podés contar algo de cómo es la situación familiar?

Sí, Doctor. Francisco vive sólo con la mamá. El padre murió hace unos ocho o nueve años. La hermana, Luciana, que la conocemos porque ha venido a algunas reuniones de los grupos, está casada y tiene un hijo de cuatro años, ella anda por los treinta más o menos y vive con el marido. La madre, Raquel: yo la conozco bastante, la veo todas las veces que voy a lo de Francisco. Es una mujer a la que, no sé, no le puedo sacar bien la ficha, porque parece una persona totalmente normal: da clases, tiene amigas, ahora de grande se está por recibir de psicopedagoga. Todo diez puntos. Sin embargo, cuando la veo relacionarse con Francisco es otra cosa. Se pone dura, desconfía de mí, le está encima en todo. Con Francisco se tienen miedo uno al otro.

Gracias, Lucas. Para empezar es una buena descripción. Tenemos unos datos básicos y útiles pero que, por supuesto, no alcanzan. Para que alguien llegue a la situación en la que está Francisco, la historia tiene que ser compleja, enredada. Él está metido en una trampa y si fuera fácil de salir ya habría salido o ni siquiera habría entrado. No olvidemos que la enfermedad mental *es la mejor solución que encontró*. Acuérdense de Weiszaecker, ese médico alemán de la época de Freud al que siempre cito: él decía que frente a los síntomas de los pacientes habría que decirles: *Sí, lo que estás diciendo con tu enfermedad está bien, tenés razón, pero decilo de otra manera*. O sea,

no te arruines la vida como lo estás haciendo... Piensen esta idea un ratito. No la dejemos pasar tan rápido.

Bueno. Aunque no sepamos cuándo vamos a llegar a las respuestas, hagámonos algunas preguntas. ¿Qué quiere decir Francisco cuando rechaza rotundamente el inglés? ¿Y cuando se corta la lengua? ¿Y cuando dice que lo invaden los microbios? Esas son sus verdades. Nosotros tenemos que ayudarlo a que las pueda decir de otra manera. Sí, Lucas.

Creo que puede servir que les cuente lo que me dijo Francisco una vez que estaba un poco eufórico. Yo no sé si deliraba, pero decía que iba a inventar un idioma nuevo, para que lo hablen todos los originarios de estas tierras, un idioma en parte derivado del guaraní y de otros idiomas de Sudamérica.

Bueno, lo que contás es una partecita más de la historia que seguro nos va a servir para entender. Y tu aporte viene bien como introducción a mi comentario final de hoy. Si queremos conocer el *sentido de un síntoma*, qué quiere decir el síntoma, tenemos que conocer la historia completa en la que se incluye.

Miren, a los de mi generación, frente a un corte de lengua como el de Francisco enseguida nos viene a la memoria una escena de la película *Tiempo de revancha*, de Aristarain. Federico Luppi, que era el protagonista, representaba a un gremialista al que lo habían echado por su militancia y había quedado muy resentido. Después de mucho buscar, consiguió empleo como colocador de explosivos en una mina en el sur. Un día, por una explo-

sión a destiempo, murió un compañero y él se salvó por casualidad. Y ahí vio la oportunidad de vengarse de los poderosos, digamos: simuló que por el trauma había quedado mudo y reclamó una indemnización. Después de un juicio larguísimo cobró una suma fabulosa por el “accidente de trabajo”, digamos, y desde entonces lo inundó el terror de traicionarse: si un día, dormido o despierto, lo escuchaban hablar, podrían anular el juicio y desbaratar su venganza. Y bueno, para no correr ningún riesgo, con una navaja, se cortó la lengua frente al espejo.

Uno que conoce la historia entiende plenamente el sentido de ese acto tremendo. Pero en el caso de Francisco no conocemos casi nada de la historia. *Por eso no sabemos cuál es el sentido que tiene para él cortarse la lengua.* Lo peor es que Francisco tampoco lo sabe del todo. Gran parte de sus motivos son inconscientes, pero siempre, siempre, por incomprensibles que parezcan, *los síntomas cuando los entendemos muestran su sentido.*

Francisco

¡Me voy, me dejan salir! Creo que primero le preguntaron a Ariel y dijo que sí. Lucas se comprometió a acompañarme y yo a venir todas las tardes a las reuniones. Ma sí, con tal de que me dejen salir. Además quieren que empiece un tratamiento individual, pero yo no quiero, al menos por ahora. Así que voy a venir todas

las tardes, aunque me hincha un poco que esté Tamara, me pone nervioso. Por suerte dentro de poco va a dejar de venir. Me dijo que se va a ir a Pampa del Indio, en el Chaco, a trabajar en un proyecto solidario para chicos y adolescentes. A Tamara le gustan esas cosas. Yo no entiendo por qué viene a las reuniones de la clínica, porque a mí me parece que no tiene problemas. Dice que yo no me lo puedo imaginar, que ella lo necesita tanto como yo, pero a mí me sigue pareciendo que ella viene por otra cosa.

Estoy tranquilo, pero ya me quiero ir. Le pregunto a Margarita y me dice que el alta está firmada, sólo falta que llegue Lucas a buscarme. Yo estoy tranquilo y ella me dice que me quede tranquilo, no sé. Me invita a tomar unos mates en el jardín. Me dice que el encuentro con mamá cuando llegue a casa puede ser difícil, por eso es mejor que me acompañe Lucas.

Llegamos y mamá no está. Lucas se queda conmigo jugando a la pl... a los video juegos. No alcanzamos a empezar que ya llega. Tiene cara de susto. Me saluda con un beso. La noto tensa. Esto no va a andar. Cualquier cosa que diga me va a sacar otra vez. Mamá le ofrece un café a Lucas y él le dice que ya se va. Me despido y me meto en mi habitación. Está ordenada y limpia, con perfume a jabones. Me tocaron todo. Es como si no fuera mi pieza. Lo mejor que puedo hacer es no vivir más en esta casa. Me dio un poco de vergüenza cuando le dije a Tamara que vivo con mi mamá. Me parece que ella se dio cuenta. Tremendo grandulote viviendo con

mi vieja y peleándome con ella. Tamara tiene tres años menos que yo y ya se está por ir al Chaco sola.

Tamara

No me puedo sacar de encima los ojos de Francisco. Pude ver que no es sólo dolor: expresan una mezcla de sentimientos que me parece que nunca voy a descifrar. Me acuesto en el pasto mirando el cielo, pero no miro el cielo. Cierro los ojos y aunque no logro que haya plena oscuridad, veo sólo la cara de Francisco. La cara no. Lo que veo son sus ojos. Oscuros, muy oscuros. Son una ventana por la que puedo meterme. Entro y recorro un espacio de sombras al que no le veo los límites. No alcanzo a divisar el horizonte de un universo de pura posibilidad, en el que todo está por hacerse. No hay cosas, hay sensaciones.

Me asusto porque alguien me toca. Es un perro que se ha acercado a olerme. Lo miro y es manso. El dueño lo aparta.

Francisco es como yo, o peor. En él el dolor es más profundo y para colmo no se sabe de dónde le viene. En mi caso sí se sabe, o por lo menos parece que se sabe. Hoy en la reunión alguien le preguntó a Francisco por qué estaba enojado. Él no contestó. Para mí se hace el enojado para que no lo vean débil. Piensa que enojado es más fuerte. Pero así no va a salir nunca de la debili-

dad. En eso se parece a María José, que a veces daba la impresión de estar enojada.

Sí, es cierto, acordándome de María José capaz que lo entiendo a Francisco. Pobre, en el grupo por ahora no lo entienden, y en la casa, menos. Bueno, yo tampoco sé muy bien qué le pasa, sé que hay dolor pero no tengo ni idea de dónde le viene. Y sí, eso casi nunca se sabe. La gente cree que el dolor que tengo es porque murió María José, pero creo que antes de que muriera, ella y yo ya estábamos muy tristes. Capaz que la bala le pegó a ella porque era la más triste de las dos. Eso sí, cuando murió creo que yo me quedé con mi dolor y con el de ella también.

Otra vez pensando en mí, ¡basta de pensar en mí! Ahora lo que importa es Francisco. A él no se le murió ningún hermano y está más triste que yo. Es imposible de explicar el dolor que uno trae de la infancia. No sé si la psicología lo puede explicar. Igual cuando esté con Francisco, mejor ni hablar de todo esto. Me parece que está vulnerable en estos días. Tengo que acompañarlo sin preguntarle nada, como hace Carina conmigo. O mejor todavía, hablar de lo que él quiere, no de lo que quiero yo.

Tiene que haber estado muy desesperado para cortarse la lengua. A mí no me va a hacer creer que fue porque se le vienen palabras en inglés sin querer. Le podría decir que vaya a Pampa del Indio conmigo. Qué loca que estoy. ¿En qué cabeza cabe? ¡Basta, basta! Respiro profundo y lento, profundo y lento.

Me siento en el pasto a lo Buda. Saco un cuaderno de la mochila y me pongo a escribir:

*“A mí las balas me resbalan.
No me hieren, se me adhieren.
Quedan en un rincón oscuro de mi mente.
Ahí están. No se van.
Y mi cuerpo camina
con una energía que desconozco.
Río con ingenuidad
¿o ya la perdí?
Me aferro a mi frescura,
No sabría qué hacer si se me escapa.
Y camino. ¿Yo?”*

AL SUR

**Instituto de Formación en
Psicoterapia Psicoanalítica**

Lic. Lucas Pérez

Material para ateneo clínico

El paciente F.

1. INFORME PRELIMINAR

A) Primera etapa

Conocí a F. hace tres años cuando yo todavía estaba cursando las últimas materias de la carrera de Psicología en la Universidad de Buenos Aires y al mismo tiempo había empezado a formarme en este Instituto. Sin la matrícula no podía tener pacientes, pero por sugerencia de un profesor, me presenté en una búsqueda de acompañante terapéutico. F. se encontraba internado en la clínica Rocamora y los profesionales que lo atendían querían preparar la externación mediante un acompañamiento diario de un par de horas que se transformarían en tres o cuatro cuando el paciente estuviera en su domicilio.

Acepté el desafío porque me daba la posibilidad de

que mi primera experiencia de trato directo con un paciente fuese bajo el amparo de la institución en la que se encontraba internado. Además, el profesor que me hizo la propuesta me ofreció su tutoría con la condición de que yo llevara un prolijo registro de la experiencia que tal vez sirviera para una publicación futura.

F. había sido internado una semana antes por un confuso episodio de violencia con su madre. Era la segunda vez que lo internaban por hechos similares y, si bien el último había sido menos grave que el anterior, la madre no aceptaba que volviera a su casa sin tratamiento ambulatorio que incluyera el acompañamiento terapéutico.

El primer día de trabajo conocí a F. en el patio de la clínica. Me presenté y me respondió bien, aunque parecía algo aletargado por la medicación. Era la hora de la merienda y estaba tomando mate con otros internados y con Margarita, una enfermera de buen trato con los pacientes. Ella fue una muy buena colaboradora para facilitar los primeros intercambios.

F. volvió a su domicilio una semana después y a partir de entonces el vínculo fue creciendo en intensidad y confianza. Durante el primer mes, lo acompañé cuatro horas diarias de lunes a sábado. Luego seguí haciéndolo lunes, miércoles y viernes. Mi tarea principal era *acompañar*, y para ello correspondía escuchar y observar. Mi tutor me indicó que lo tratara como a una persona normal: “El hecho de que sea un paciente psiquiátrico y que ahora esté internado no nos autoriza a tratarlo como enfer-

mo. Todo lo contrario. Cuanto más le hables con sentido común y considerándolo sano, mejor va a responder”.

A lo largo del primer año tuve que intervenir en repetidas ocasiones en circunstancias de tensión descontrolada. Las crisis se producían dentro de la vivienda y, según registré en mis notas, nunca ocurrían cuando estaba solo. Sin embargo no pude observar un disparador común. Frente a los episodios, la madre me pedía que fuera de urgencia porque decía que yo era el que más rápido lograba que se tranquilizara.

El tema manifiesto más conflictivo siempre fue *el idioma inglés*, pero no puedo asegurar que ese fuera el único factor desencadenante. Es más, como supe después por relatos de la madre, la primera internación, que había ocurrido dos años antes de que yo lo conociera, se produjo por un incidente grave que tuvo lugar durante una cena de Navidad. Ese día se encontraba de visita un primo de F. que venía de EE.UU. con su novia sueca. Durante el brindis, F. perdió el control, comenzó a romper copas y tirar el champán, y sólo pudo ser contenido por la eficaz intervención del cuñado con quien F. tenía y tiene una buena relación.

Por la información que pude recabar, supe que la primera internación fue muy traumática. El diagnóstico inmediato fue el de hebefrenia. Estuvo internado tres meses y cuando salió estaba irreconocible, ya que se encontraba en un estado casi catatónico, aparentemente debido al exceso de medicación. Disconforme con el enfoque clínico, la madre consultó a otro psiquiatra, el

Dr. Ariel Carballo, quien a partir de allí se hizo cargo del tratamiento ambulatorio. Cuando hubo que internarlo por segunda vez, el Dr. Carballo sugirió la clínica Rocamora que fue donde yo conocí a F.

F. no tenía una terapia individual y yo no estaba legalmente autorizado a enfocarme en esa dirección. Todo lo que supe en ese tiempo surgió de relatos espontáneos de F. y prácticamente sin preguntas de mi parte. Unos diez meses después de haber comenzado el acompañamiento, una tarde, en la que estaba enojadísimo consigo mismo, se soltó con un largo discurso en el que decía que era “un boludo grandote”, que nunca había tenido novia y que si algunas veces había tenido sexo había sido pagando “como el más pelotudo de los humanos”. “Yo sé que hay gente a la que le gustan las putas, pero a mí no. Me siento mal y me dan lástima. Me da lástima que me tengan que aguantar a mí que soy tan inútil. Una vez fui con una y me sentí tan mal que le pagué y me fui sin hacer nada. La pobre me insistía y me decía vení, algo vamos a hacer, tranquilo, tomate tu tiempo. Pero yo le dejé la plata en la mesa y me fui rajando”.

Con relatos como este quiero hacer notar la confianza que F. había depositado en mí. Mi actitud siempre fue de escucha y respeto, evitando lo más posible los comentarios.

B) Segunda etapa

Catorce meses (11/3/2013) después de haber comenzado a trabajar como acompañante, sin que se su-

piera por qué, F., en el baño de su casa, frente al espejo, se produjo un corte en la lengua con un cuchillo Tramontina. La madre sintió un grito, vio sangre, hubo una escena de forcejeo y F. se encerró en su habitación. Frente al temor de que se dañara, la madre, más asustada que otras veces, llamó a la urgencia psiquiátrica y luego a mí. El médico me dejó que interviniera. Le hablé desde afuera de la habitación, logré que se tranquilizara y que aceptara ser llevado a una guardia para que le suturaran el corte. Después, un poco adormecido por el dolor, consintió ser internado en la clínica Rocamora.

Si el vínculo era sólido, a mi modo de ver se hizo más consistente con la internación posterior al corte de la lengua. Salió a los pocos días con la condición de que participara diariamente de las reuniones de terapia multifamiliar en la clínica. Por mi parte comencé otra vez a acompañarlo todos los días, incluso a las sesiones grupales, y así fui conociendo paso a paso la evolución de los sentimientos de F. para con T., una estudiante de antropología que no estaba internada pero era activa participante de las reuniones terapéuticas.

Cuatro meses después del penoso episodio de la lengua, F., a pesar de sus miedos, aceptó la invitación de T. de viajar por quince días a Pampa del Indio para tomar contacto con una institución dedicada a la asistencia de chicos y adolescentes descendientes de aborígenes tobas y maticos (qom y wichis)

A mi modo de ver, ese viaje tuvo consecuencias irreversibles para la vida de F.

Capítulo II

Arias y Elpidio

—Che, Elpidio, llamó Pablo hoy. Estaba contento.

—¿Viene?

—No, no. Por ahora no. Pero me dijo que va a venir una chica, y quiere que le ayudemos.

—¿Quién, la que trabaja con él?

—No, nosotros no la conocemos, es una chica jovencita, estudiante. Viene para darnos una mano, porque quiere colaborar, pero según Pablo es una chica que ha sufrido mucho y él piensa que también viene para curarse de la tristeza, algo así me dijo.

—Bueno, abuelo, si es amiga de Pablo debe ser buena.

—No, él no la conoce, es la sobrina de un amigo de Pablo, un amigo de Buenos Aires. La chica es de allá.

—¿Una porteña acá?

—Y sí, quince días... vamos a ver si aguanta. Capaz que por eso Pablo nos pidió que le ayudemos, es chiquita, tiene veinte años.

—Si tiene veinte años es grande, abuelo. Mirá cuando yo vaya a la universidad, voy a ser re grande.

Capítulo III

Raquel

Usted sí que entiende a las personas, doctor: me ve y ya se da cuenta de lo que estoy sintiendo. Bueno, no debería sorprenderme, usted es psiquiatra y además yo debo tener una cara que dice todo.

Y sí, doctor, imagínese, no sé casi nada de Francisco y con la enfermedad que él tiene no me parece bueno que esté tan lejos y por tanto tiempo. Se fue a principios de noviembre y faltan unos días para terminar el año. No vino para Navidad y ahora parece que para fin de año tampoco. ¿Tan importante es lo que tiene que hacer? Son casi indios, doctor, ¿qué puede ser lo tan importante que tiene para hacer? Yo creo que tendría que ver un psiquiatra allá, que le controle la medicación, ese chico no está bien. Sé que él a veces habla con Lucas, pero poco, porque allá en el medio del monte donde está no hay señal, así que tiene que ir hasta no sé qué pueblo para poder comunicarse bien. Y además con Lucas yo no me puedo quedar tranquila, es muy joven, hace poco que se recibió.

Sí, ya sé que él fue el mejor acompañante terapéutico del mundo, pero no es lo mismo que ser su psicólogo.

Capítulo IV

Raquel

Gracias por atenderme, doctor. Gracias porque yo sé que a lo mejor no tendría que venir, Francisco es mayor de edad y ya no corresponde que yo... Pero bueno, usted me entiende, doctor.

En un sentido estoy contenta. Estoy contenta porque volvió del Chaco, porque lo tengo en casa y está ocupado con algunas cosas. Pero no sé. Yo en usted confío, sin embargo igual me preocupa. ¿Usted está seguro de que puede ir dejando la medicación? Yo le cuento para que usted sepa, porque a lo mejor él no le dice. Está haciendo cosas raras o cosas que yo creo que no van a terminar bien. Ahora está con la chica esta que es medio hippie, y para colmo los dos van al grupo ese que... Bueno, usted los conoce, porque son de la línea que siguen ustedes, pero el grupo es un poco, no sé, a mí me parece que critican mucho a los padres, y los padres somos los que bancamos todo. Aunque en este caso no. Mire lo que le voy a contar. Esto es lo que en realidad me llamó la atención y me hizo pedir el turno con usted.

Capítulo V

Lucas

¿Y a este qué le pasó? Ya van quince minutos que tendría que haber llegado. Si no viene sería la primera vez. ¿Se habrá enojado porque no lo tranquilicé con lo de Tamara? No creo. Varias veces se fue medio tenso porque no lo pude serenar por algo, pero después siempre vino puntual. Y esta vez... Ah, capaz que se pudrió todo con Tamara y Francisco se rayó. Sí, si ella sigue adelante con la idea de aceptar la beca, a Francisco se le van a volar los patos, si es que no se le volaron ya. Igual, no creo que ella termine yéndose a Londres ahora, parece muy enganchada, y Francisco la va a convencer, creo. No sé, mejor me pongo a boludear con el celular.

Ariel y Lucas

—Hola, Lucas.

—Hola, Ariel, ¿qué decís?

—¿Todo bien?

—Sí, bien. ¿Y vos, Ariel?

Epílogo

Francisco y don Arias

—Don Arias, ya hace tiempo que ando queriendo hablar con usted y doy vueltas y vueltas...

—¿Qué pasa, Pancho?

—No, nada... Van seis meses que estoy aquí, tengo trabajo fijo, me parece que es hora de ir pensando en encontrar un lugar para mí...

—¿Qué dice, m'hijo? ¿No está cómodo?, ¿quiere que acomodemos la...?

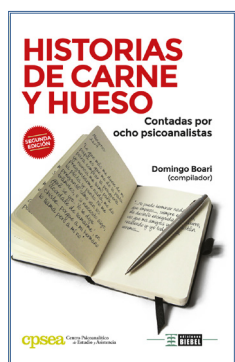
—No, don Arias, no. Lo que digo es que... Bueno, la primera vez vine quince días con Tamara en las vacaciones de invierno, después, en el verano, vine otros tres meses. Pero ahora ya estoy instalado acá en Pampa del Indio, no voy a vivir de prestado toda la vida. Me tengo que buscar un lugar.

—Pero no, m'hijo, esta es su casa. Faltan unos días para que venga Elpidio, pero las vacaciones de julio son dos semanas nada más, y enseguida se va. Me voy a quedar solo. No, m'hijo, esta es su casa. Lo que podemos hacer es acomodar bien esa pieza, que es medio un de-

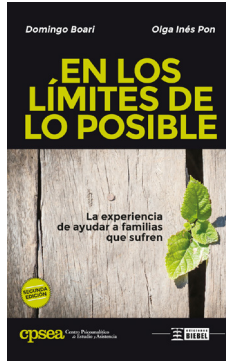
Otros libros del autor



Podemos pagar el precio de tapar, desfigurar, exagerar o desarmar nuestros sentimientos o podemos aceptar los riesgos de atrevernos a sentir lo que sentimos.



Hay pacientes que se atreven a mostrarse en carne viva con tal de llegar a ser dueños de su propia historia



Hay relaciones familiares que no favorecen el desarrollo. Al contrario: lo traban, lo enredan, lo entorpecen. Promover cambios en esas interdependencias enfermantes llega a exigir un trabajo que limita con lo imposible.



¿Hay impulsos realmente indomables? ¿Qué papel juegan la voluntad y las aspiraciones éticas? ¿Cómo se hace para vivir con un agujón clavado en la carne?



Domingo Boari

Licenciado en Psicología (1975), se dedicó de lleno a la psicoterapia, la docencia y la investigación dentro del campo del psicoanálisis.

Sus trabajos, presentados en congresos y simposios, muestran un sesgo narrativo que fue aumentando con el tiempo, como puede leerse en sus tres libros de ensayos dirigidos a todo público. En *Sentir lo que sentimos*, el último que se publicó, hay incluso una media docena de relatos breves que tienen la declarada intención de ser “interludios”.

En 2018 apareció su primera novela, *El aguijón*, donde narra las desventuras de un cura que, atormentado por sus contradicciones, recurre a una psicoanalista experimentada y sabia.

Escrita en los tiempos de ocio y silencio de la pandemia, publica ahora su segunda novela, que arriesga un paso más en el ejercicio de delinear una “narrativa de las psicoterapias psicoanalíticas”.



Una tarde, después de escuchar una conversación telefónica, Francisco pierde el control, se encierra en el baño y se produce un corte con un cuchillo. Al despertar está internado en una clínica psiquiátrica.

“La enfermedad es la mejor solución que encontró”, dice el médico que supervisa el tratamiento.

¿Solución?

¿Qué es, entonces, estar loco? ¿Cómo se entra en la locura? ¿Se puede salir? ¿Hay cura realmente?

¿Cómo se narra ese estado de dolor y confusión?

Domingo Boari, con cincuenta años de psicoanalista y unas sesenta mil horas escuchando pacientes, pone en juego estos y otros interrogantes.

La respuesta es un relato polifónico en el que las voces de niños, adultos, parturientas y enamorados; psicólogos, camioneros y enfermeras, armonizan como fondo musical para el tema que importa: el contrapunto con mil matices entre el protagonista y su madre.

Distanciada del registro técnico y del tono complaciente de los posteos en redes sociales, la novela de Boari puede leerse también como un caso de estudio que muestra la lucha de alguien por encontrar una solución mejor que la locura. Y en ese recorrido se termina desplegando la paradoja del sufriente: *del dolor se sale por donde se entró*.

Y es justo ahí, en su camino de búsqueda, que Francisco pone en pausa el tratamiento y emprende un viaje a un pequeño pueblo del Chaco. Los psicoterapeutas dudan sobre la conveniencia de esa especie de aventura. Y el propio Francisco lo presiente: su alejamiento puede significar el despegue o el derrumbe definitivo.

ISBN 978-987-8362-98-4



9 789878 362984